

## 098. ¡Este sí que es Maestro!

Hay dos hechos en el Evangelio que llaman poderosamente la atención. Uno es la exclamación del pueblo sencillo de Galilea, que dice de Jesús apenas le oyen hablar en los comienzos mismos de su ministerio: *-Este enseña con autoridad, y no como los maestros de la ley* (Marcos 1,22).

Después, ya en Jerusalén, las autoridades mandan a los guardias que detengan a Jesús. Al volver sin él, les preguntan airados los santones del Templo y los capitostes de los fariseos: *-¿Por qué no lo han detenido?* Y ellos, con dignidad y sin miedo: *-¡Porque nadie ha hablado como este hombre!* (Juan 7,32 y 44-45)

En los dos casos, Jesús es reconocido como un Maestro excepcional, título que el mismo Jesús hace suyo: *-Me llaman "El Maestro", y dicen verdad, pues lo soy* (Juan 13,13). Maestro que no repite doctrinas ajenas, sino que enseña doctrina propia, y usa una fórmula del todo singular: *-Oyeron que se dijo... Es decir: Lo dijo otro. Pero YO les digo... Es decir: Tengo autoridad para hablar.* (Mt. 5: 21, 27)

Jesús es el Maestro enviado por Dios al mundo. En la Iglesia todos somos condiscípulos del único Maestro que es Jesucristo, y solamente se pueden llamar maestros en la Iglesia los discípulos más aventajados de Jesucristo y que se limitan a repetir la doctrina de Jesucristo el Maestro único.

Es lo que pensaba de sí mismo el Papa Juan Pablo II, expresado de manera tan simpática como inolvidable. Cuando en uno de sus viajes a nuestra América las gentes sencillas del pueblo le aclamaban entusiasmadas: *¡Juan Pablo II! ¡Juan Pablo II!...*, el Papa respondía con humor: *¡Jesucristo! ¡Jesucristo!...*

Los doctores más grandes en la Iglesia se glorían de su Maestro divino, como un Tomás de Kempis, que en su formidable libro de la Imitación se dirige a Jesús con estas palabras: *-¡Que se callen ya todos los doctores, que me aturden! Háblame sólo Tú, Maestro mío.*

Y es que Jesús es un Maestro del todo singular. Nos conoce como nadie, y habla tan sencillamente a la inteligencia que acaba conquistando el corazón. Habla de la simiente, del grano de la mostaza y de la cizaña, de la higuera y de la viña, de los lirios del campo y de los pájaros que vuelan, de la masa del pan, de la lámpara y de la moneda de la mujer...

Todo le sirve a Jesús para expresar las ideas más altas y enseñanzas más sublimes, que las entiende un campesino sin letras y pasan a los sabios de todas las culturas y de todos los tiempos. ¡Qué Maestro tan singular el Maestro Jesús!

Con una inteligencia que supera a todos los genios, y con un corazón que encierra dentro de sí a todos sus oyentes y discípulos, Jesús es el Maestro y el Formador más grande que ha tenido la Humanidad.

Un Doctor chino, entregado con pasión a la medicina, estaba preocupado por los problemas religiosos que no acababa de resolver. Decide ir a un bonzo a pedirle consejo, y oye del sabio discípulo de Confucio: *-Si quieres encontrar solución a todos tus problemas, consulta la religión de los cristianos. Su Maestro nos merece el más profundo respeto.*

Sorprendido, le replica el Doctor: *-Entonces, ¿por qué tú no te has hecho discípulo suyo? ¿por qué no eres cristiano?*

El bonzo confiesa dolorido la verdad: *-Porque necesito arroz para poder vivir. Hijo de padres muy pobres, me trajeron aquí de pequeño, y si ahora cambio de religión, seguidamente me matarían a pedradas.*

El Doctor le hizo caso, estudió la religión cristiana, recibió el Bautismo, y se lamentaba después por el bonzo bendito: *-Es triste dejar a un Maestro como Jesús por miedo a quedarse sin un plato de arroz...*

Hoy les pasa a muchos al revés. Por un plato de arroz —es decir, por cualquier tontería, por cualquier novedad, por una ganancia que al fin les resulta una pérdida lamentable—, dejan al Maestro Jesús, abandonan su doctrina, reniegan de su verdad, se van detrás de maestros mentirosos, y se sumen en las tinieblas densas del error.

Se hallaba en la agonía un insigne escritor que nunca se confesó católico, y pide el Nuevo Testamento. Lo toma en sus manos, y dice: *-Es el único libro que contiene toda la verdad.* Se hace colocar también un crucifijo en el pecho, y manda que lo pongan después sobre su sepulcro. Era la confesión del Magisterio supremo de Jesucristo hecha por un sabio (Strimberg)

En el mundo tenemos maestros muy beneméritos en todas las ramas del saber, que merecen el respeto y la gratitud de todos, porque son unos grandes bienhechores de la Humanidad. En sus campos de la astrofísica, de la mecánica o de la economía no se mete para nada Jesús. Pero cuando se trata de las cosas de Dios, la palabra última y definitiva se la dejamos a ese Jesús que es la sabiduría de Dios. Porque Jesús vino al mundo para enseñarnos la Verdad de Dios que no conocíamos.

Jesús es el único Maestro autorizado por Dios para la salvación del mundo.

Jesús es el que tiene autoridad y enseña sin que nadie le pueda contradecir.

Jesús es el que enseña a la vez que forma, porque habla al corazón tanto o más que a la cabeza.

Jesús es el único Maestro que ni puede engañarse ni engañar.

Jesús es el Maestro cuya doctrina nunca pasa de moda.

Porque Jesús tiene unas palabras que nunca pasarán, aunque se hundan el cielo y la tierra. Su doctrina es tan eterna como su misma Persona y como será también eterno su Reino.

Estudiando a Jesús Maestro, un escritor le dirigió esta sentida oración:

*-Señor Jesús, Maestro divino, el que tiene palabras de vida eterna. Sólo Tú eres el Maestro de quien me puedo fiar del todo, porque sólo Tú lo sabes todo y vives lo que nos enseñas y nos dictas. Maestro mío, que alumbras mi mente y formas mi corazón: a nadie quiero ir fuera de ti, Sol de la Verdad indeficiente.*